

Largo viaje

El anciano no recordaba con precisión la vieja estación de trenes cercana a su casa, en aquel antiguo barrio donde siempre había vivido. Al llegar observó los oxidados rieles y rancios durmientes, que lo trasladaron de sopetón a su mágica infancia. Era el lugar preferido en donde jugaba con sus amigos en su feliz niñez. En otrora, los pequeños solían caminar sobre los rieles, quien avanzaba más metros, manteniendo el equilibrio, era el triunfador. También se subían sobre algunos carros de antiguos trenes en desuso, que permanecían inmóviles como grandes piezas de museo. Los menudos pasos corriendo sobre los añejados pisos de los pasillos, cercados por ajadas lunetas se multiplicaban en la resonancia de la soledad y abandono de extintos vagones.

“¡Qué hacen allí niños de moledera!”, la áspera voz del guardia de la estación los alertaba y en tropel los niños salían corriendo y riendo a carcajadas, sabiendo que volverían una y otra vez, ininterrumpidamente. Le parecía curioso que recuerdos tan divertidos se le hubiesen olvidado con el correr de su larga vida, sin embargo, ahora sentado en la vieja banca de la deshabitada estación las añoranzas fluían como torrentes invocadores de plenos deshielos en su opaca memoria.

Alberto de 85 años, lucía su mejor traje. Su corbata de color carmesí resaltaba sobre su impecable camisa blanca. Elegante tenida que había comprado recientemente en compañía de su esposa, para celebrar el matrimonio de su nieta menor. Lamentaba no haberse quedado hasta el corte de torta de los novios, una inesperada subida de presión y fuertes dolores estomacales lo habían obligado a retirarse.

A pesar del crudo invierno y la neblina que se dejaba caer, Alberto no sentía frío. Siempre había sido una persona con paciencia. “El tren pronto llegará, quizás algún imprevisto pudo haberlo retrasado”, pensó en voz alta, mientras se acomodaba en la dura banca ubicada en el andén. A través de las tenues luces que emanaban de los faroles que circunscribían la estación, observó sus lustrosos zapatos, dirigió luego su mirada por las gélidas vías hasta que éstas desaparecían tragadas por la noche y la neblina que cada vez se hacía más espesa. Miró el gran reloj de la estación que parecía haberse detenido y continuó con sus remembranzas.

En aquel mismo lugar, cuando era niño, junto a sus padres y a su hermano mayor tomaban el tren para ir de vacaciones de verano por dos largos meses a la casona de la abuela ubicada en Hierro Viejo, pueblito muy cercano a Vicuña. La mole de hierro avanzaba lentamente con su sonido monocorde...”tiqui tac, tiqui tac, tiqui tac”, que se duplicaba con los ecos de los cerros que merodeaban un lado de la línea férrea, mientras que en la otra vereda se trazaban pequeños desfiladeros, cuyos rudos pies de tierra y roca daban paso a la verde garganta del fértil valle. En su centro el serpenteante río Elqui con sus aguas claras, que alimentaban canales y acequias de regadío, inundaban a su alrededor viñas, chacras y vergeles. A él y a su hermano, le llamaban poderosamente la atención los enormes sauces, cuyas largas cabelleras verdes se esforzaban para bañarse en las refrescantes aguas del estero.

Del otro lado del valle se extendía otra gran cadena montañosa, de heterogéneos ápices, cuyos cerros hospedaban miles de cactus. En la base de las altas montañas se dibujaba el sendero de tierra que unía la gran ciudad con las diferentes comarcas del valle. En los sectores en donde la hondonada se estrechaba, se podía apreciar

claramente carretelas tiradas a punta de caballos y escasamente uno que otro vehículo de tracción mecánica.

Hacía muchos años que su mente no estaba tan acertada como ahora. En una seguidilla de imágenes, recordó cómo su imaginación de niño pueblerino inventaba juegos. “Cuanta diferencia con los tiempos modernos, en donde los niños son invadidos y sumidos por juegos tecnológicos que penetran su mente y los inhiben a crear sus propios juegos” murmuró molesto en baja voz. Acarició sus débiles cabellos blancos y recordó como él jugaba que el tren era asaltado a punta de balazos por forajidos montados a caballo y rostros cubiertos por pañuelos, tal como veía en películas en blanco y negro sobre el viejo oeste americano, entonces tomaba su pistola de juguete y empezaba a disparar a través de la ventana del tren a postes de alumbrado eléctrico, árboles y todo aquello que sugería moverse en dirección contraria a la que viajaba.

La seguidilla de recuerdos de Alberto continuaba. Era adolescente cuando viajó hasta Puerto Montt, en unas vacaciones inolvidables junto a su familia. Fue una larga travesía. Tomaron en Coquimbo el Automotor de las 23 horas con destino a la ciudad de La Calera, en esa estación hicieron trasbordo al tren eléctrico, cuyas trochas férreas tenían diferentes tamaños. Después de 12 horas llegaron a la Estación Mapocho, desde aquel lugar se trasladaron en taxi a la Estación Central, donde en la noche de aquel mismo día abordarían el tren al sur, demorando mas de 17 horas en arribar a la hermosa ciudad sureña. A pesar de las largas y extenuantes horas de viaje, para Alberto fue una gran aventura y evocaba con alegría el itinerario, las comidas en el coche vagón, los canastos y equipajes de otros pasajeros, los dulces que compraban a los vendedores al llegar a alguna estación

y cómo los pueblos y ciudades se iban uniendo uno tras otro a través del avance parsimonioso del ferrocarril.

El fuerte silbato del tren a la distancia lo hizo salir de sus cavilaciones, miró a su alrededor, se encontraba solo. Recordó cómo su esposa, hijos y nietos, lo habían despedido con grandes muestras de afecto en su casa. Abrazos, besos, caricias en su escasa cabellera, apretones de manos e infinidad de palabras de amor habían rebasado su corazón. Todos le habían dicho que era el mejor de los padres y abuelo y que tenía más que merecido el viaje que pronto iniciaría al valle de sus amores, para reencontrarse con sus raíces, viejos amigos y descansar.

El chirriar de frenos lo trajo de vueltas, el gran foco de la máquina iluminó totalmente la estación y las líneas se dibujaron sobre la oscuridad. El Inspector con su impecable uniforme y gorro azul pitó fuerte anunciado la salida del tren. Alberto subió pausadamente al vagón cercano a él, se sentó en el mullido escabel de cuero al lado de la ventana. Hacía muchos años que no subía a un tren. El silbato, esta vez más pronunciado acompañó al unísono el lento movimiento del ferrocarril, que perezosamente comenzó a rodar su pesado cuerpo y tomar desganadamente mayor velocidad.

Buscó su aparato celular para llamar a su esposa y comunicarle que ya estaba en trayecto, pero no lo encontró en ninguno de sus bolsillos. La mujer que se ubicaba frente a él le dijo en tono amable “a mí también se me olvidó, pero no se preocupe porque el viaje ha resultado ser muy placentero”. “Gracias”, contestó lacónicamente, como una forma de no continuar la conversación. Siempre había sido esquivo en conversar con personas desconocidas. Volvió a mirar disimuladamente a la mujer y llamó su curiosidad la elegancia en las prendas de vestir y su cuidado maquillaje.

Observó por la ventana, como las tenues luces de los vagones iluminaban el contorno de la vía, mientras la mole de hierro avanzaba sin contratiempos. El sonido monocorde y acompasado de las enormes ruedas al rodar sobre las líneas, le recordó una vez más su niñez y su cercanía con su abuela; la cálida bondad de la matriarca y la gran huerta de casa de campo que proveía cuantiosas frutas, vegetales de todo tipo, grandes paltos y nogales a los cuales él trepaba intrépidamente, jugando a ser tarzán, mientras que otros animales selváticos de su abundante imaginación eran representados por gallinas, patos y gansos de la bondadosa fauna que mantenía la abuela.

El tren continuaba rodando su pesado cuerpo, haciendo sonar su agudo silbato en cada túnel al que se enfrentaba y en cada pequeña estación de pueblo en la que se detenía, anunciando su llegada y salida. Los sincrónicos movimientos relajaban el ambiente. Más allá de donde penetraba la leve luz, todo era de una oscuridad absoluta, que era imposible ver recortados árboles y cerros de su querido valle elquino. “Esta vez los forajidos no vendrán” pensó en forma jocosa.

-“Hola Alberto”, escuchó de una voz conocida. De pie, al lado de su asiento estaba Andrés, su gran amigo de toda la vida.

-“Qué linda sorpresa verte Andrés”, se levantó apresurado de su asiento para abrazar a su amigo, “¿qué haces aquí? Ven, siéntate a mi lado. Supe que estuviste hospitalizado”.

“Ya ves, estoy viajando al igual que tú, también voy a encontrarme con mis raíces”, respondió Andrés, para luego agregar, “tienes razón Alberto, estuve hospitalizado por varios días, aún no se me olvidan las compungidas caras de médicos y enfermeras que me atendieron”.

“También andas de traje y elegante como yo, la fiesta que nos espera en el valle debe ser bastante buena, estaremos como en nuestros mejores tiempos”, dijo riendo de buenas ganas Alberto.

Los dos amigos estuvieron conversando por largo tiempo, recordando sus aventuras de niños, su adolescencia, sus estudios juntos en el Liceo mixto, donde ambos conocieron a sus novias y posteriores esposas. Recordaron nacimientos de hijos y nietos. Rieron de buena gana y también la tristeza se expresó en sus rostros al recordar algunos eventos tristes en la vida de ambos.

Acompáñame al vagón comedor, te invito un trago para celebrar el reencuentro, interrumpió en forma efusiva Andrés, para luego palmotear la espalda de su querido amigo.

Fueron caminando por los estrechos pasillos de los vagones. Todos los asientos estaban ocupados por elegantes mujeres y hombres. Le pareció reconocer a algunos de ellos, pero los endebles faroles no permitían ver con claridad.

Abrió la puerta del vagón restaurante y en su interior se escuchó la algarabía de muchas voces que decían “Bienvenido Alberto”. Allí, se encontraban sonriendo sus padres, abuelos, hermano, tíos y otros seres queridos que abandonaron este mundo antes que él. Había emprendido el más largo de sus viajes, para arribar a su estación final. Las voces se opacaron con el silbato del tren que se enfrentaba a un nuevo y dilatado túnel. El espontáneo destello de poderosas luces blancas cegaron sus ojos para siempre.